

Cumpleaños

La cristología del tiempo

Ignacio Padilla

Si es verdad que la obra entera de Carlos Fuentes es una épica de la encarnación del tiempo en el espacio, *Cumpleaños* tendría por fuerza que ser su carta de batalla. En él confluyen no sólo las ideas que sobre el arte de narrar el tiempo el escritor ha acuñado y cultivado a lo largo de su fructífera vida creativa. También están allí, en bruto o en plenitud, sus técnicas, o por mejor decir, la técnica. Allí están los cómo y los por qué, el *modus operandi* del crimen fuentesiano contra las conciencias tranquilas del arte de la novela. Este librito inmenso exhibe las claves del estilo singular que el autor se ha inventado afanosamente para conseguir que la narrativa sea la única expresión del saber humano capaz de amigarse con y adelantarse a la física cuántica en su búsqueda por fijar de una buena vez y para siempre, más que el tiempo mismo, su caprichoso fluir.

Es sin embargo o por lo mismo un libro extraño, con frecuencia inconseguible, esquivo. Aun cuando guía, *Cumpleaños* está lejos de la simplicidad ajena a los receptarios o los instructivos de decodificación. Su propio autor, tan insistente a la hora de desentrañar públicamente el papel de cada uno de sus libros como partes de una *opera omnia* balzaciana, apenas lo menciona. Y no lo hacen más sus críticos y sus lectores, que en este caso parecen unidos al autor por un tácito juramento de silencio. Una suerte de pudor colectivo envuelve esta obra. O acaso sea otra cosa, quizás una secrecía de índole iniciática. Durante años, el alquimista ha buscado en la sujeción del tiempo al espacio narrativo una panacea que es piedra filosofal, que es la fuente de la eterna juventud: en el secreto del tiempo narrado se cifran los del saber, la inmortalidad y la absoluta síntesis. Los accidentes y resultados de tal búsqueda están en *Cumpleaños*, que es un mapa en sí mismo, un criptograma que se muerde la cola, como si el tesoro en el corazón del

laberinto tuviese que ser al mismo tiempo su minotauro, el monstruo cuyo vencimiento es también parte de la revelación a la que defiende. Naturalmente, no cualquiera puede acceder a este conocimiento, no a cualquiera está reservado. De allí que la obra sea en buena medida un palimpsesto: la catábasis, el acceso al saber que nos mata como requisito para el renacimiento, debe ocurrir mediante un complejo y exigente descenso *ad inferos*. Y éste, qué duda cabe, lo es en el más sano y más puro sentido de la palabra.

* * *

Pocos autores como Carlos Fuentes conozco tan minuciosos y diestros en el difícil arte del epígrafe. Y el de *Cumpleaños* es tal vez uno de los más elocuentes. “Hambre de encarnación padece el tiempo”, anuncia el autor en voz del Octavio Paz de *Ladera Este*. Ésa y no otra es la carta de navegación del libro, aunque también lo había venido siendo para Fuentes desde mucho tiempo atrás, como ha seguido siéndolo desde entonces, adelantado veinte años a la teoría bajtiniana del cronotopo en la novela. Desde *Aura*, libro hermano de *Cumpleaños*, hasta los relatos de *El naranjo o los círculos del tiempo*, pasando desde luego por *La muerte de Artemio Cruz*, por mencionar sólo los más explícitos en este orden, el narrador ha consagrado su inteligencia a agotar todas las posibilidades que puedan ofrecer el arte, la historia, la religión y la ciencia para desesclavizar al hombre de la muerte, que en Occidente no ha sido sino el impío sicario del tiempo. La reencarnación, la supuesta circularidad del tiempo, la especularidad y la permanencia del ser en la más absoluta intersubjetividad, el dominio inconsciente que de nuestro transcurrir hacemos en el mundo de los sueños, todo ha entrado y cabido en la obra de Fuentes, suma de una in-

teligencia que ha buscado obsesivamente nuestra liberación de las ataduras del antes, el ahora y el después.

Saciar el hambre que el tiempo tiene de encarnarse, y hacerla suya. ¿Cómo? En el verbo. Nunca una lección de la tradición judeocristiana había sido mejor asimilada y, al mismo tiempo, con tanto encono dismantelada. Si antes del tiempo estaba el verbo, narrar es la clave para domeñar, fijar y finalmente prevaricar la sucesión ordinaria de los acontecimientos. Pero esta asimilación requiere asimismo de una apostasía, una rebelión prometeica contra la lectura que del continuo espacio-tiempo nos han querido imponer dos mil años de accidentada exégesis cristiana. En *Cumpleaños* se explicita el rotundo *no* de Carlos Fuentes a las quimeras de esa línea recta que nos conduce de la Creación a un Apocalipsis que tiene más de psicotrópico, onírico y poético que de aceptable y cierto. Se trata entonces de un refinado *non serviam*, un rechazo que sin embargo no cierra los ojos a remirar los planteamientos originales con el claro propósito de reinventarlos a partir de sus más célebres paradojas.

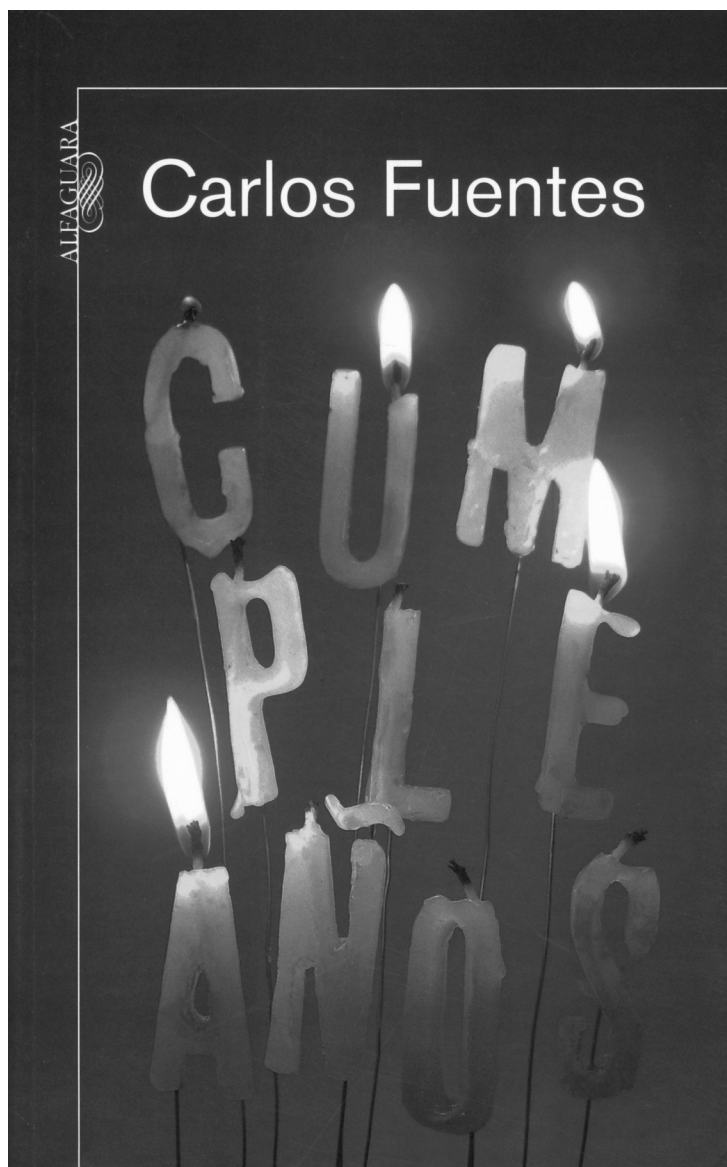
Y es que en el fondo, la conclusión de Carlos Fuentes debiera resultarnos tan clara como familiar: si la tradición

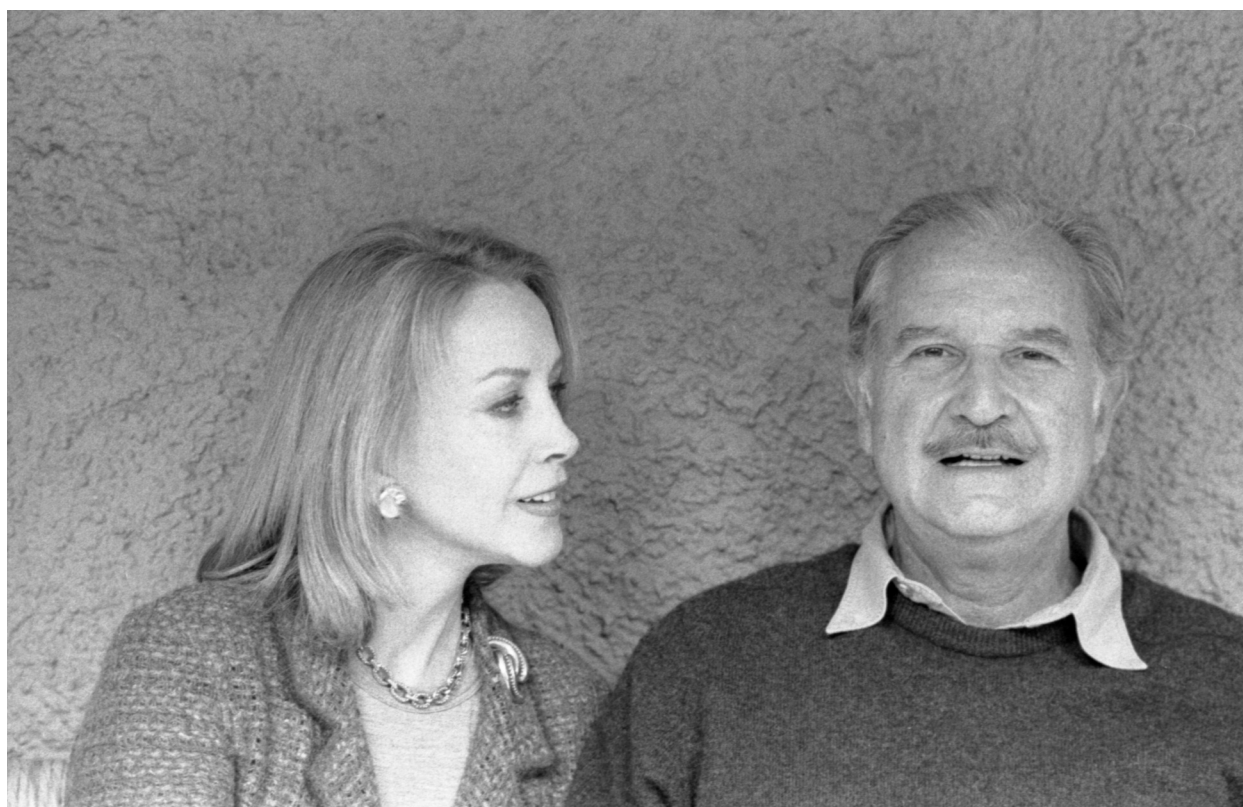
judeocristiana ha derivado en la postulación de un transcurrir rectilíneo, y la oriental descafeinada nos ha hecho creer en una circularidad sin remisión, resulta indispensable buscar una más creíble y esperanzadora visión del tiempo. La alternativa, por ende, debe hallarse en una noción más cercana a la de los gnósticos, para quienes el tiempo, necesariamente excéntrico en cuanto humano, existe de forma irregular, o a lo menos, en espiral. Y si es verdad que la espiral es la expresión finita de un proceso infinito, la narrativa en particular y el arte en general estarían por antonomasia destinados a ser la espiral del tiempo. Diseñar esta espiral como quien diseña una catedral es la misión que Carlos Fuentes se ha impuesto al escribir *Cumpleaños*.

* * *

No deja de ser sugerente que *Cumpleaños* sea el libro de Carlos Fuentes más inmediato al turbulento 68. Un libro en apariencia apolítico, o inclusive impolítico. Un tratado, un criptograma elaborado cuando el mundo entero se sacudía en un presente tan intenso que apenas daba oportunidad de réplica. Bien visto, sin embargo, *Cumpleaños* tiene y da sentido justamente por la época en que ve la luz. En el año de su publicación, el irlandés Samuel Beckett recibía el Premio Nobel, mientras Italo Calvino y E. M. Escher alcanzaban acaso el punto más alto de sus carreras creativas y de su popularidad. La física cuántica se encajaba en el palpitante corazón de la Guerra Fría, y tanto Julio Cortázar como Gabriel García Márquez, siempre de la mano de Carlos Fuentes, elaboraban sus correspondientes obras maestras sobre el tiempo soñado y el tiempo espiral. Más allá de la realidad sesentera, de la cual se ocupará más tarde, el novelista mexicano prefiere atender primero a los orígenes de lo sagrado que ante sus ojos van culminando en una violencia anunciada.

El sentimiento absurdo de la vida como producto inevitable de las contiendas bélicas del breve y atroz siglo XX, la disolución de la utopía y el tiempo revolucionarios en los suelos cubano y soviético, las sacudidas y las decepciones del Concilio Vaticano Segundo, el encumbramiento y la defenestración del último surrealismo, los intentos de la *Oulipo* y el relativo fracaso del *Nouveau Roman*, todo ello se acumula en la gran pregunta sobre el tiempo a la que Carlos Fuentes quiere responder en las pocas y descarnadas líneas de *Cumpleaños*. Definitivamente, parece decirnos, hay algo que no hemos comprendido. Quizás, en este desorden en apariencia presentáneo, nos haya llegado el momento de cambiar de perspectiva asumiendo como cierto el engaño de la mirada con el que juega Escher en sus laberintos o el sentido del sinsentido con el que Hamm y Clov reaccionan desde el fin del mundo la desesperanza de un Lear que





Con Silvia Lemus

tiene menos de rey que de esclavo. En “La noche boca arriba”, de Julio Cortázar, un guerrero prehispánico se sueña motociclista mientras está a punto de ser sacrificado, y en el no muy lejano *El otoño del patriarca*, de García Márquez, el dictador se asoma a la ventana para ver la llegada de los marines conjuntamente con las tres carabelas colombinas. ¿Cómo no ver en todas estas manifestaciones una mutua contaminación en cuyo vértice se encuentra nada menos que *Cumpleaños*, obra brevísima donde no obstante han sido recapituladas y catapultadas las ideas que todavía, casi cuarenta años después de su publicación, rigen buena medida del arte y el pensamiento contemporáneos?

Educado parcialmente en escuelas confesionales, como tantos otros escritores latinoamericanos, Carlos Fuentes tuvo la fortuna de conocer de cerca las mayores paradojas del cristianismo, mismas que ha acertado a emplear y cuestionar a lo largo de su vida en pro de su arte y de su pensamiento. De todas ellas, es posible que la más interesante para el autor en el momento de escribir *Cumpleaños* haya sido el llamado dogma de la Santísima Trinidad. No es difícil imaginar al joven Carlos Fuentes en las aulas del bachillerato marista asistiendo al relato bien conocido de un san Agustín mitológico que cierto día, mientras meditaba en la playa el insondable misterio de la Trinidad, habría recibido de un enigmático niño una lección sobre la incapacidad de los seres humanos para comprender semejante dogma. Este mismo niño,

inquietante donde los haya, es en cierta forma el centro de *Cumpleaños*, paradoja del cristianismo donde Dios se encarna lo mismo en el adulto que en el pequeño Jesús en el templo, un niño que todo lo sabe porque es ya un viejo, porque ya fue y vino al seno del Padre.

Enano siniestro, ubicuo y omnisciente, en cierta forma némesis del *Petit Prince* de Saint-Exupéry, el niño-hombre cuyo aniversario aquí se celebra tiene tanto de humano como de divino. Y es otra vez aquí san Agustín quien, rebelde a la lección playera, inventa una definición trinitaria cuyas sombras se identifican en la obra de Fuentes: si acaso, según habría afirmado el gran filósofo cristiano, tan europeo y tan moderno por ser tan africano y tan antiguo, la Santísima Trinidad podría apenas entenderse como un pañuelo doblado del que sólo alcanzamos a ver una cara a la vez. A Carlos Fuentes esta idea le sirve como recurso para explicar no la divinidad tripartita, sino la existencia misma del hombre en el tiempo: el pasado, el presente y el futuro son después de todo un mismo instante del que sólo conseguimos ver una manifestación a la vez. Pero es posible que la novela, en cuanto síntesis de toda oposición y prevaricadora de toda paradoja, consiga crear al menos la ilusión de que podemos verlo todo a un tiempo. Así como Escher, Gödel y Bach se habrían encabalgado en sus respectivas bandas de Moebius visuales, matemáticas y musicales, Fuentes habría acudido a su infinita espiral de contador de historias, a su dorado rizo narrativo, para rearmar su idea del tiempo a través de —no así a despecho de— las contradicciones aparentes o reales del pensamiento judeocristiano.



Para abreviar de la contradicción como fuente de verdad, privilegio del artista sobre el filósofo, sugiere primero Carlos Fuentes que el cristianismo habría sido en cierta medida una suerte de equivocación, o una fallida mascarada para proclamar cierta falsa verdad desde las altas tribunas del reino de este mundo. Pero al fracasar la mascarada, la falsa verdad se autentifica. Aun así, la involución o la perversión del cristianismo triunfante habrían sido obra del demonio, quien después de todo es un coadyuvante del Plan de Salvación, por lo que entonces el cristianismo sería un acierto, y así hasta el infinito. De allí que la heterogeneidad, signo a todas luces demoníaco que se contrapone a la homogeneidad divina, se traduzca en la multiplicación de Dios en sus tres personas tal como el endemoniado de Gerasa da a sus muchos demonios el nombre de Legión. De la misma manera, el tiempo sería muchos tiempos y uno solo, y los hombres seríamos todos los hombres en una sola conciencia, celebrando eternamente en nuestros pequeños y domésticos aniversarios la historia íntegra de la humanidad, una humanidad para la que la comunión de los santos no es otra cosa que la perpetuación de la infestación demoníaca.

Así expuesto el rizo dorado de *Cumpleaños*, el narrador puede acudir a innumerables paradojas para explicarse y explicarnos que una herejía sea en realidad el fundamento de la más iluminadora teología. La existencia remota y el pensamiento herético de Siger de Brabante, teólogo de la Universidad de París asesinado en 1281, sirven de metáfora y punto de partida para la construcción de esta moderna catedral de laberintos espacio-tem-

porales. Siger de Brabante habría fincado su pensamiento en tres puntos: primero, que el mundo es eterno porque muere renovándose; segundo, que la verdad es múltiple; tercero, que el alma no es inmortal. No muy lejos del catarismo, estos planteamientos coinciden curiosamente con las dudas que en el siglo XX plantearán, por una parte, la física cuántica y la teoría de la relatividad, y por otra, corrientes estéticas como el vanguardismo de los años veinte y, sobre todo, el surrealismo. Carlos Fuentes ha reparado en ello: el derrumbamiento de los dogmas, sean estéticos, sean filosóficos, no es sino una constante, es el dogma mismo, un dogma que sin embargo es versátil, narrable, novelable.

Con esta convicción, y a partir de las máximas de Siger de Brabante —o mejor, de lo que implican— Carlos Fuentes construirá a sus anchas una novela que aparenta estar fundada en trilogías concluyentes: una catedral de tres ábsides, un asesinato con tres protagonistas, una metempsicosis que comprende por lo menos tres épocas. Lo irónico es que en todos estos casos la trilogía se proyecta hacia el infinito y termina por constituir una sola cosa, una homogeneidad constituida naturalmente por partes, a veces monstruosas, y a veces angélicas. El asesino termina por ser la víctima, como el niño es el adulto; las épocas por las que transmigra el ser son semejantes, cuando no idénticas; el jinete que llega es el hombre que espera. La catedral, en suma, es una sola, pero los encierros producen agorafobia, los ascensos conducen al más profundo de los sótanos, el infierno es la cúspide. Sin duda, éste es un universo que habría complacido profundamente a Borges: decadente como las



ruinas de Blake y Juan de Patmos, intrincado, resuelto por dobles que se reflejan en juegos de espejos infinitos, ya no una ruina circular, sino espiral.

* * *

“Recordarlo todo sería olvidarlo todo: es volverse loco”, reflexiona con insistencia el narrador de *Cumpleaños*. Desde luego, esto lo hermana al memorioso Funes, que en el cuento de Borges ha perdido el don del olvido y muere a una edad relativamente temprana, acaso para no enloquecer. Pero la necesidad del olvido como complemento de la memoria le viene a ambos narradores de Bergson, cuyo pensamiento fluye bajo las páginas de *Cumpleaños* como lo haría una portentosa corriente subterránea. Si es verdad, como afirmaba el filósofo francés, que somos nuestra memoria, el presente no sería otra cosa que la acumulación del pasado en instantes sucesivos, un pasado de cuyo insoportable alud nos salva afortunadamente la presa del olvido. En todo caso, de acuerdo con este esquema la identidad de un hombre tendría que ser por fuerza la de todos los hombres que le han precedido, y aun la de sus contemporáneos. La historia íntegra de la humanidad se repite en la de cada individuo, que es el socio, el doble y el impostor de sus congéneres. Y cada cumpleaños, por ende, es el aniversario de todos los hombres, de la misma manera en que morimos con cada muerte y renacemos con cada nacimiento.

¿Cómo no enloquecer con semejante consciencia? Para Carlos Fuentes, la ritualización de la muerte de un solo hombre, que en el cristianismo se traduce también

en la muerte simultánea de dioses y hombres, ordena la tragedia de la memoria pura, la reparte en la arquitectura de la existencia. Una arquitectura naturalmente compleja, pero que aspira a tener un orden, una lógica que la vuelva transitable. En la unión de los contrarios y en la asunción de una cierta ciclicidad de la historia, sea individual, sea colectiva, el recuerdo es sistematizado para ser visible y liberarse del principio de incertidumbre. Contra la desesperación de Vladimir y Estragon, que esperando en vano a Godot pierden la noción de su propio transcurrir y de sí mismos, Samuel Beckett propuso la cinta magnetofónica de Crapp, encarnación del tiempo que al fin podemos regresar y reproducir a voluntad. Esta misma cinta es la que Fuentes reproduce en *Cumpleaños*, mas no para abismarse en la melancolía que finalmente aniquila al personaje beckettiano, menos aun para aniquilarse como el malhadado Funes. Libre ya desde entonces de la desesperación o la desesperanza que reproducen muchos y a la que se entregan muchos de sus contemporáneos, Carlos Fuentes es un tratadista auténtico, feroz pero exento de caer presa de las pasiones que lo impelen. Para él, el buen juicio y el buen gusto pueden ser asimilados sin impresionismos vanos. Si estamos efectivamente condenados a reconstruir permanentemente el fin del mundo, es porque en esa reconstrucción y en la consciencia de ella está también la posibilidad del renacimiento. Si celebramos cada uno de nuestros cumpleaños, es porque lo necesitamos para conmemorar no sólo nuestra vida, sino la vida y la muerte de quienes nos precedieron y de quienes vendrán luego de nosotros para eternizarnos.